

REVISTA NUEVA

Director y Redactor: PROILAN TURCIOS

Redactor: RAFAEL ANGEL TROYO

AÑO II

SAN JOSE, COSTA RICA, 20 DE DICIEMBRE DE 1902

NUM. 34

LA MUSA MELANCOLIA

I

Cristián de Marville era un hombre singular y un raro poeta. La rareza era en él una virtud como en otros la honradez: una virtud encantadora é inapreciable que ejerció sobre las almas tristes un soberano poder de simpatía.

Su figura no era hermosa. Pero había en toda su persona un encanto profundo del que nadie pudo evadirse. Poseía, sin embargo, dos cosas extraordinariamente bellas: las manos y la boca.

Las manos eran largas y mórbidas, de una blancura milagrosa. Manos imperiales de suave epidermis, cuyos dedos pálidos semejaban frágiles lirios y cuyas uñas de ágata evocaban el recuerdo de los pétalos de las rosas.

La boca húmeda y bermeja, armoniosa y pura, sombreada por un fino bigote, poseía una gracia intensa.

Por lo demás, Cristián era un artista incomparable que hizo de la palabra un instrumento sobrenatural de músicas estrepandas. Su prosa, vívida y extraña, relampaguea, vibra, canta, ríe, llora y se deshace en cascadas de fulgurantes pedrerías. Su verso es una flor fabulosa, una ráfaga polifona, una luciérnaga de fuego.

Poeta de melancolía y de amor, de placer y de muerte, múltiple y supremo, conoció los secretos misteriosos de los ritmos y de los símbolos é hizo decir á los vocablos su alegría ó su pena. Conoció el espíritu de todas las rimas y supo interpretar la tristeza de las cosas yacentes.

II

La divina Marta Russell habíase enamorado locamente de la boca de Cristián y de sus manos marmóreas. Pero, sobre todo, de su boca. Soñaba, pecaminosamente, con ella, en sus largas noches de fiebre; y, con sólo su recuerdo, la sangre de sus veinte años

quemábale las venas. Un cálido deseo la torturaba; y su espíritu, frágil y virginal, sufría un dolor inaudito.

.....Soñó una vez que Cristián había entrado silenciosamente en su estancia, cuando ella dormía. Llegó hasta su lecho y la acarició largamente con sus manos adoradas. La acarició con una caricia dulce y terrible, que fué deslizándose de la nuca á los pies. Luego besó su cuello redondo y sus senos floridos; después su ardiente boca, con tal fuerza, que ella se despertó lanzando una queja y con los ojos llenos de lágrimas...

Desde entonces, Marta no podía ver á Cristián sin experimentar una extraña turbación. Obstinadamente, sin que pudiera evitarlo, sus ojos se fijaban en la boca y las manos del joven y no volvían á separarse de ellas, como si un milagroso imán los atrajera.

El comprendió: y una insólita melancolía le invadió el alma.

—¿Será verdad—se preguntó con amargura—que las mujeres sólo aman las formas exteriores y la belleza de las cosas efímeras?... Hé aquí una criatura inefable, una virgen de gracia y de armonía, que se ha enamorado de mis manos y de mi boca... nada más.

III

Y la expresó su tristeza en una carta dolorosa.

—Os habeis enamorado de mis manos y de mi boca, queríala Marta, y creed que vuestra pasión me ha causado una grave pena.....En mi personalidad lo que verdaderamente vale es mi espíritu.....A él debistéis haber llamado, segura de que vuestros sentimientos habrían sido tiernamente acogidos. Yo hubiera deseado encontrar en vos el ideal del alma femenina que busqué en vano en mi primera juventud.....Sois tan bella y tan pura! Pero yo no podría haceros feliz, porque no os amo. Tampoco vos me amáis. Lo que sentís por mí

es un capricho de mujer hermosa, más ó menos pasajero. No merece sino ese nombre pueril toda sensación inspirada por un detalle de belleza física. El amor—creedlo—es algo más noble y más alto: algo profundo y misterioso que surge de lo más recóndito del espíritu humano. Cuando sintáis vuestro corazón lleno de músicas y de perfumes, comprenderéis la grandeza de ese divino sentimiento. El que yo os he inspirado nada tiene que ver con el amor. Deliráis por un beso de mi boca, porque es bella. Amáis su color y su frescura; pero no habéis dado la menor importancia á las palabras que de ella han salido. Soñáis con las caricias de mis manos, porque son hermosas. Pero habéis de saber que toda forma física perece y que sólo el espíritu es inmutable. El mío es una flor de inmortales aromas. Es fuerte é ingénuo, suave y formidable y puro como la mirada de un niño. Es una cima coronada de relámpagos y un hábito de violetas. Es un trueno y una lágrima. Una lágrima! ¿Habéis llorado alguna vez, querida Marta? Yo adoro las mujeres tristes.... Mi musa es una virgen de diáfana blancura, silenciosa y leve... Mi musa se llama Melancolía y me ha embriagado con el vino de los sueños....

Ya que no puedo daros mi amor, os haré, al menos, conocer la tristeza. Mañana me alejaré de vos para siempre y os dejaré la nostalgia de mis manos y de mi boca. Sólo por causaros esta pena tan honda—para que nunca podáis olvidarme—renuncio á la gloria que mis manos pudieran encontrar en las morbideces deliciosas de vuestro cuerpo; renuncio á poseeros, á sentirnos sollozar entre mis brazos y á recoger con mis labios en vuestra boca seductora todo el perfume y todo el fuego de vuestra virginidad florida..... Y así, cuando mi recuerdo venga en busca de vuestra alma, os arrancará dulces lágrimas de amor y de dolor...

FROLÁN TURCIOS

ANNABEL LEE

(Traducción de David M. Chumaceiro)

¡Oh cuántos años ya transcurrieron
Desde la tarde que la perdí!
Nunca una virgen mis ojos vieron

Más dulce y blanca. Ni el aura pura
Besó más blanca y gentil criatura
Que mi adorada, mi Annabel Lee.
Fué allá en la tierra lejana y bella,
Fué allá en la tierra donde nació....
Era yo un niño. Niña era ella.
La amaba tanto, tanto me amaba
Que el cielo mismo nos envidiaba.
¡Pobre alma mía, mi Annabel Lee!
¡Oh breve idilio! Cariño breve
Porque la muerte lo quiso así.
Un viento aciago, gélido, aleve,
Llevó á la fría, triste morada,
La dulce niña, la flor amada,
Luz de mi vida, mi Annabel Lee.
Bajo de tierra la dulce niña!
Bajo de tierra mi querubín!
¡Ay! Desde entonces en la campiña
Lloran las flores la virgen muerta,
Y desde el cielo con luz incierta
Los astros lloran mi Annabel Lee!
¿Cómo olvidarla mientras yo exista?
Sólo por ella la edad viví
Del sueño casto! Sentíme artista
Después tan sólo para cantarla
En verso alado.... ¿Cómo olvidarla,
Mi flor de ensueño, mi Annabel Lee?
Vivió tan sólo por mi cariño!
Sólo por ella mi alma feliz
Vivió sus años de paz! Un niño
Era yo y ella con su fragancia
Mi pura, tierna, fugaz infancia,
Suave alegraba. Mi Annabel Lee.
Há tantos años que vivo triste!
Há tantos años me dejó aquí!
Al raudó tiempo mi amor resiste.
Todo fenecce. Mi amor perdura
Por la radiante, casta hermosa
Tan presto ida.... Mi Annabel Lee.
Desde que solo en la lid batallo,
Desde que solo estoy en la lid,
Breve consuelo tan sólo hallo
Cuando en su sombra de amor me pierdo,
Cuando deshojo de su recuerdo
Las blancas rosas.... Mi Annabel Lee.
A su sepulcro, mi pensamiento
Su adelfa triste, su flor de lis,
Lleva en las alas del raudó viento,
Allá en mi tierra, cuando la tarde,
Cual mustia virgen, apenas arde.
¡Mi bien perdido, mi Annabel Lee!
¡Oh cuántos años ya transcurrieron
Desde la tarde que la perdí!
Nunca una virgen mis ojos vieron
Más dulce y blanca. Ni el aura pura
Besó más blanca y gentil criatura
Que mi adorada, mi Annabel Lee.

EDGARDO POE

Los límites de la poesía

Todo arte tiene límites definidos. Las nueve divinas hermanas se dan la mano y se colocan en círculo, y así la Poesía se junta por un lado con la Pintura y por el otro con la Música. La tentación de rebasar el límite es grande, y el poeta, por ejemplo, que se halla en el *sí* de la gama poética, esfuerza la nota con un sostenido, sin notar que el *sí sostenido* de la Poesía, ó no existe, ó es el *do* de la gama musical.

Imaginemos tener ante nosotros una pequeña Academia de artistas y asignémosle por tema, para que cada cual lo exprese por sus medios propios, el beso amoroso. No es fácil decir cómo saldrían del paso los arquitectos; pero el pintor y el escultor tratarán de sorprender á los dos enamorados en la postura más sugestiva y más conforme á la representación plástica; Antonio Cánova creará *El Amor y Psiquis*, y Hayez el *Fausto y Margarita*.

El músico, por su parte, buscará aquellos acordes que suscitan y secundan la impresión producida por el beso, que la solicitan, la fortalecen y la intensifican, creando como una atmósfera armoniosa y contentándose con una vaga é inefable sugestión. El poeta á su vez, disponiendo de un medio de expresión que determina y circunscribe, no puede dejar nada en la vaguedad, sin pretender por eso rivalizar con el pintor ó el escultor; y así crea los besos de la *Aminta*, del *Werther*, del *Gonzalo*, y sobre todo el de Francisca de Rimini. Aquél mágico verso—*la bocca mi bació tutto tremante*—es de un efecto plástico grandioso, obtenido por la sola Poesía.

Horacio enseñaba que no basta que los atavíos poéticos sean bellos, siendo necesario además que sean gustosos—*non satis est pulchra esse poemata, dulcia suntu*.—La musicalidad de la expresión da irresistible encanto á la creación poética; pero ¡ay del poeta que no sepa contener el freno! Ya Horacio se lamentaba de que los músicos de su tiempo, modestísimos al principio, elevasen tanto sus sonidos que ahogaban á veces la voz de los cómicos. De pretensión en pretensión, y paso á paso, la hermana

menor ha proclamado su independencia y hasta quiere imponerse por sí sola.

Las formas puras é independientes de la música no pueden todavía ser percibidas por la multitud; en las salas de conciertos no se puede aventurar una sinfonía de Beethoven sin aplicarse un título que anticipe y fije su concepto, profanando así la obra de arte. El maestro no llamó heroicas ni pastorales sus sinfonías, sino que las distinguió con un número de orden; el que necesita para admirarle que le digan que tales modulaciones de las flautas significan el canto del pastor á orillas del arroyo ó que tales notas de violoncello reproducen el canto de la pastora, se parece á los visitantes de Museos que regulan la temperatura de sus emociones por el termómetro del Boedeker.

La palabra musical responde realmente á una necesidad del espíritu humano, y el melodrama, con todos sus pecados de inverosimilitud, es quizá una forma de arte que siempre recreará al hombre; pero el artista, para que su obra sea perfecta, debe amar por igual á las dos hermanas, evitando, sobre todo, que la Cenicienta de ayer se sobreponga á su rival. Para transformar en melodrama una tragedia, el poeta debe necesariamente descuartizar y disecar la obra maestra del poeta, sustituyendo la pulpa poética con pulpa musical. Pero, ¿quién puede olvidar la vigorosa musculatura de la obra poética?— Aunque los magos transformistas se llamen Rossini, Bellini, Verdi, Gounod ó Thomas, *Hamlet*, *Macbeth*, *Otelo* y *Julietta* vivirán siempre en la memoria bajo su expresión poética, como vivirán en cambio bajo su expresión musical *Norma*, *Don Juan*, *El Barbero de Sevilla* y *Guillermo Tell*.

Exíguo es el número de los artistas perfectamente naturales; en Italia sólo pueden citarse Rafael y Cánova en la Plástica, Pergolesi y Bellini en la música, y sólo Leopardi en la poesía; y no es que sean los únicos ni los mejores, es que sólo ellos han sabido abstenerse de las temeridades y audacias de Miguel Angel, del Dante y de Verdi. En Leopardi no hay una línea ni un pliegue que revele veleidades pictóricas, ni una frase que descubra ambiciones musicales; allí cada arte

ocupa su puesto y la poesía no invade el terreno de la música ni el de la pintura. Los límites de la poesía están trazados admirablemente en la obra leopardiana, y de desear es que el papel de la música se limite á su vez al papel que Algaroti la trazaba: "á disponer el ánimo para recibir las impresiones de los versos, dando al lenguaje de las musas mayor vigor y energía".

MIGUEL SCHERILLO

HOJAS SECAS

Después de aquellos días felices de tanta dulzura y de tanto ensueño... ¿recuerdas?... los días aquellos en que impaciente esperaba, al pie de tu ventana, que en las campanas sonara el *angelus* para ver descorrerse la cortina tras la cual estabas tú? Ah! Con qué ansia esperaba que se levantara la cortina!

Entonces era cuando salían las estrellas en el cielo y del balcón vecino nos llegaba el eco de una romanza que sollozaba el clavicordio!

Aún me parece estar oyendo aquel aire, tan suave, tan suave; comenzaba con una fuga de notas que era como el ruido de una bandada de pájaros que levantasen el vuelo...; y aquí principiaba la amable charla:

—Y bien, ¿qué has hecho hoy? ¿Pensaste en mí? ¿Sí? ¿Cuántas veces?

Después venían unos compases lentos; música de Chopin. La luna medio oculta esparcía su pálido fulgor sobre las paredes de la casa vecina, donde se proyectaba fina y larga, melancólicamente movible, la sombra de los sauces del jardín; oh los sauces ¡qué tristes gemían!..... Y tú callabas como si tratases de adivinar un oculto poema recitado entre el murmurio de las ramas agitadas por el viento; y yo, entre tanto oía los latidos de tu corazón...

Después..... ah! cómo recuerdo aquella noche, la última en que te ví; vestías de blanco y llevabas tu cabellera negra partida en dos crenchas como la María de Jorge Isaacs. De tus labios jamás había oído el acento de tu voz brotar con la dulzura con que te oí en aquella hora; la última, la más bella de mi vida. Tu beso fué un beso intenso, intenso..... y se

cerró la ventana... y los sauces siguieron gimiendo, gimiendo.....!

Luego partí; pasaron los años.... los años tan largos..... los años tan tristes.....!

Quando volví ¡ah ingrata! lo supe todo.... Cómo me mentías..... Pero no importa, que siquiera en el alma me dejaste un rico tesoro de amargura con qué impregnar la verdad de tu traición!

RAFAEL ANGEL TROYO

1902

EL HIJO DEL HOMBRE

El desierto,—el desierto donde cae la fatiga de una noche enorme y trágica,—y la luna como un cobre de voraz orín mordido,—en las nubes montañas queiebra sus cuernos de plata,—en las nubes tenebrosas como un crimen, en las nubes mudas, mudas....altas, altas....—El desierto donde tiemblan los orgullos moribundos—de las tardes; donde pálidas—lloran lágrimas de sangre las desoladas auroras,—donde el viento sueña enormes pesadillas de fantasmas;—donde exhalan sus rugidos—las angustias de las leonas preñadas,—donde beben turbias sales las rabiosas—zarzas,—donde expiran los camellos olfateando la odre enjuta—bajo el trémulo esqueleto de las palmas.—El desierto,—y la luna inmensa y trágica:—y la luna,—y la luna de una livida aficción amortajada,—sobre el desierto incendiado por la fiebre de los soles,—pasa—toda triste,—toda triste y trágica,—triste y trágica la luna—en su sueño luminoso de sonámbula.

Una roca culminante—como una ara.—Una roca donde á veces—vieron los siglos clavado el marcial perfil de una águila.—De rodillas—está un hombre con las manos levantadas,—y de sus ojos absortos—como dos salobres lagos, se derrama—la amargura de esos llantos que son flujos de interiores puñaladas.—Ora al Padre.—Ya están cercanos los días de la sangre; ya las palmas—del martirio reverdecen en los dátiles sombríos,—y la vieja Sinagoga está en alarma.—Ora el triste Jesu-Cristo con los codos apoyados en la roca,—y sus codos sangran—en las rojas asperezas de la roca, y en sus labios,—irritados

como brasas,—hay un vago resplandor fosforescente—que relumbra en las tinieblas agitadas.—Los cabellos sobre el rostro están tendidos,—cual la angustia de una noche de dolor sobre una trágica—fiambre; duerme en su pecho los cuarenta días tristes,—y su corazón se alza—en el fondo de su pecho como cumbre envuelta en nieves;—y la luna como lúgubre sonámbula,—toca el flanco de la roca con un rayo largo y triste,—y la sombra de la roca sobre el arenal se alarga,—y la sombra del Profeta—es más larga que la sombra de la roca que se pierde en la distancia.....—Y la luna se hunde,—y la sombra—baja;—y en el fondo de la sombra,—Jesu-Cristo llora y ora con las manos levantadas,—y sus labios irritados resplandecen—con la sed de las vigiliarias,—con las hondas languideces del ayuno—que sus ojos iluminan con centellas extrahumanas,—mientras vienen los leones—de las eternas montañas—á apagar su sed lamiendo con sus rojas lenguas húmedas—la amargura de su inmóvil lengua pálida.

El desierto,—y la luna triste y trágica;—y las nubes montañosas sobre el pórtico lejano de los cielos;—y el Profeta con los ojos en la luz de las montañas,—ora al Padre sobre el crimen de la tierra,—y la tierra pide sangre con sus bocas de venganza:—con la boca de los montes encendidos,—con la boca de los mares que interrogan el misterio de las playas.

LEOPOLDO LUGONES

LA CASA DE JULIETA

Aquí está su casa; es indudablemente auténtico su frente de sillares de color de tierra de Siena quemada. En la clave del arco secular que dá acceso al primer patio, una vez atravesado el ancho zaguán, aún se ve un sombrero esculpido en el escudo de piedra que constituye la misma clave. Ese arco es evidentemente el mismo del siglo XIV, y ese escudo con su *capello* es el escudo de los Capuletos.

Julietta un día decía en su balcón la melodía siempre nueva:

“Oh Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? Reniega de tu padre, y abjura de tu nombre; ó si esto te repugna, jura que me amarás siempre y,

yo, yo, tu Julieta, reniego de la sangre de los Capuletos.”

“Tu nombre sólo es mi enemigo. Tú no eres un Montesco; tú eres tú mismo. Romeo, Romeo, renuncia á tu nombre y, en cambio de ese nombre, que no es parte de tí mismo, yo me doy á tí, tócame toda eutera.”

El hecho, por otra parte, que inspiró á Shakespeare, es cierto; no ando pues, descaminado al buscar la casa auténtica de Julieta en Verona.

Dante, en su apóstrofe, lo menciona con precisión:

“Viene á veder Montecchi é Cappelletti, Monaldi et Filippeschi, *nom senza cura,* Cor già tristi é costor con sospetti.”

En Verona los Montescos y los Capuletos; en Orvieto los Moraldi y los Filippescos, y, en toda la Europa medioeval, los señores rivales con sus familias y sus fieles, en sangrienta lucha, dieron carácter á una época. Y todo ese carácter, con todos sus detalles, cobró vida imperecedera en la creación del bardo inglés.

Pero eso es sólo el teatro de la escena; eso es accidental para mí. Es sólo un elemento necesario para dar vida real, y carácter y forma precisa á los tipos.

Romeo y Julieta no son la lucha de familias rivales: son el amor irrealizable en la tierra.

Shakespeare quiso infundirlo en su poema; y si, como fueron las rivalidades de dos familias veronesas, hubiera sido cualquier otra circunstancia la que se interpusiera entre los dos amantes, el mismo espíritu esencial hubiera tenido el poema. el mismo amor lo animaría, la misma alondra anunciaría la aurora en el jardín de Julieta, y la misma luna alumbraría la escala flotante en el balcón.

Accidental es también el desenlace, como sucede á menudo en los dramas del genio que mata á *Hamlet* con un estoque envenenado, y cumple fielmente en *Macbeth* el vaticinio de las brujas.

La muerte de Romeo en la tumba de Julieta no es la de Werther: este sí es el funesto poema del suicidio, del crimen que nace en el pensamiento y en la primera falta y, no reprimido entonces, toma cuerpo y termina en la muerte.

Goethe, en Werther, desarrolla una tesis falsa y funesta: desconoce la imputabilidad *virtual* de las acciones

humanas; rompe el hilo moral que ata los efectos á las causas.

Shakespeare, en Julieta, da vida á un lirio, le hace exhalar su perfume, y lo troncha porque llega la noche, por que fué formado sólo para vivir mientras la naturaleza sonríe.

  Como, pues, no visitar la patria de Julieta?   Como no preguntar, aun teniendo la seguridad de ser engañado, dónde estaría aquel jardín que cruzó Romeo como una sombra mientras la blanca figura de su esposa se dibujaba en el balcón y su voz lloraba?

  Quién no ha visto alguna vez iluminada su alma por la luz de la luna que alumbra el jardín de Julieta?

  Quién no ha sentido en ella el canto de la alondra y las vagas claridades de la aurora que se reproducen de vez en cuando en nuestra vida como fragmentos de m sicas lejanas traídas por el viento?   Quién deja de tener veinte años eternamente en algún rincón del corazón?   No son éstos los que me han hecho detener en Verona sólo á buscar la casa de Julieta?

El frente de la de los Capuletos se conserva aquí con todo su carácter; sobre la puerta, en una plancha de mármol, se lee la siguiente inscripción: **QUESTE FURONO LE CASE DEI CAPULETTI D'ONDE USCII LA GIULIETTA PER CUI TANTO PIANSERO I CUORI GENTILI E I POETI CANTARONO.**

  Verdad que es un pequeño poema?

Pasando por el ancho pórtico, y bajo el antiguo escudo de los Capuletos que cierra el arco, se llega al gran patio.   Hay en él una cuadra de caballos y de mulos, con su olor   estiércol y todo su séquito de porquerías!

— Oh, n — digo violentamente al hombre que me sirve de guía.   Y el jardín?   Dónde está el jardín?   No había un jardín detrás de esta casa?

— Oh, sí, seguramente: mostrar    Ud. el sitio en que estaba; pero ahora la mitad es el mercado y la otra mitad el teatro filarm nico.

  Oh amigo Vesubio! T  nos has conservado   Pompeya; y hoy levantamos el manto gris que envolvía su cadáver para conocer los vicios romanos.

Hubo una lluvia de ceniza y lava,

para conservarnos también   Herculano.

  Y no hubo una lluvia de flores para defender del tiempo y de los hombres la casa y los jardines de Julieta!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

La lucha de las ideas

Para la Revista Nueva

I.—Nacen, crecen, se desarrollan y después se extinguen. Se llaman seres organizados   cosas de la naturaleza; hay en ellos una palpitación vibrante y solemne, un ritmo profundo y eléctrico, que es la vida. Ya es una estrella perdida en el azul infinito y delicado, temblorosa y brillante al través de la nube deshecha en flecos y crespones; ya es una selva poblada de árboles estremecidos por la racha mortal de los grandes vientos que rugen con desesperaciones de pantera; ya es una flor de perfiles suav simos, un cáliz inagotable de perfumes y de bellezas; ya es una pobre bestia causada del trabajo, encorvada por el peso de la glotonería anhelante de los humanos; ya es, en fin, un mar sin lindes, encrespado por la ola tremebunda y espumosa,   un monte inmenso de rigida inmovilidad y de solitaria espectación,   un microbio, gérmen de la vida   de la muerte; ello es que tales seres organizados, tales cosas de la naturaleza crecen, se desarrollan y después se extinguen, sin que hayan nunca sentido entre sus fibras ni mirado ante sus ojos la armonía   la luz del pensamiento.

— II.—Este es privilegio del hombre; su gran dote en el mundo de las grandes miserias, su dignificación en el orden natural de los organismos. Poscerlo, llevarlo   todo lo bueno, hacer del pensamiento la fuerza motriz de nuestra alma, pero la fuerza que se resuelve en el c lrico de las virtudes y en el fuego de las regeneraciones progresivas que purifican el esp rita de todas sus iniquidades; ver en él cuanto de noble inspira su condición especial de legado imponente y altísimo; ir con él enseñando la verdad sobre la tierra y practicando el bien entre los hombres, en un af n y en un ensueño capaces del martirio, hasta llegar al enorme desastre de la

muerte, eso es cumplir apenas la misión de la existencia humana.

III.—Pero hacer del pensamiento una víbora venenosa que muerda en la mitad del corazón; convertirlo en el asno de carga de las malas pasiones y de las perversidades emponzoñadas; fabricar con él moneda falsa y distribuirla con mano siniestra en el templo de los mercaderes ó en la casa de los inocentes, á cambio de la corrupción de los ideales ó de la entrega de las almas, ó de la vergüenza de los hombres; vivir del mal, predicar errores enmascarados con antifaces de pureza, practicar la perfidia y el dolo, y lo que es peor aún, la cacería furtiva en el mundo de las ideas, y la emboscada traicionera en las luchas del pensamiento, eso es adquirir títulos de indignidad para la vida.

IV.—Hay en el universo legiones de ideales que combaten en un *hórrido struggle for life* contra legiones de ideales; y á cada instante, lidias gigantescas de ensueños que se desbaratan contra tribus enormes de ensueños: pero tales batallas son la expresión más viril de la existencia del hombre y el resplandor más violento de los fulgores de su alma, y acaso un espectáculo que no darían ni siquiera los astros enfurecidos si el espíritu de la destrucción, en una noche tremenda, recíprocamente los animara. Mas si esa lucha degenera; si cae en la vulgaridad de la lucha que traban dos boás hambrientas y hartas de celos ó dos renacuajos ávidos de lograr la pitanza arrojada por mano desdeñosa al fondo negro del pantano, mejor es entonces que los hombres sean como esos seres organizados ó como esas cosas de la naturaleza que nacen, se desarrollan y después se extinguen, sin haber realizado más que un fin mecánico, material, efímero é infructuoso, en esta triste tierra, en este rincón enfermo y desalentado del orbe.

GUILLERMO VARGAS

LA GLORIA

QUENTAL

No ambiciono la gloria ni la fama: es el aplauso pasajero ruido con que balaga un instante nuestro oído la turba que nos befa ó nos aclama.

¿Qué es el laurel sino la verde rama del bosque misterioso en que escondido está siempre el renombre, eco perdido que más se aleja del que más lo llama!

Sí, Teresa, la gloria es humo vano, la fama en lo presente es ilusoria, para lo porvenir es un arcano;

Pero graba mi nombre en tu memoria, ciñe á mi frente el lauro soberano ¡y entonces sí que adoraré la gloria!

FRANCISCO A. DE ICAZA

CONVALESCIENTE

Sentada al borde de su lecho, la convalesciente, pálida y bella, lo miraba, con ternura, á él, arrodillado á sus pies como en oración ante una imagen. Era un delicioso instante de la luna de miel, que jamás en los muchos años de su dicha había cesado de iluminarla. Al través de las cortinas descubriase el plantío, mitad huerta, mitad jardín, que circuía la cabaña; y la arboleda como un bosque que se extendía verdeando á la distancia. El sol de junio inundaba en luz el ámbito.

Pero ¿á quién ó qué veía él mientras la estaba mirando á ella? No contemplaba, sino meditaba. El pensamiento corría muy lejos de donde estaban intensamente fijos sus ojos.

Al comprenderlo, se sintió abandonada, sola; una gran tristeza le lastimó el alma; tuvo celos, agolpáronsele las lágrimas á los ojos, y se abrazó á él, trémula de miedo.

—¿En qué piensas?— le dijo al oído, con voz de llanto. ¿Por qué te has ido lejos de mí?

El despertó, y librándose del abrazo convulsivo, la asió por entrambós brazos y la miró alelado, sumido aún en la estupefacción de su ensueño.

—Amada— la dijo al recobrase— vengo de ver cosas indecibles. Pensando por qué te quiero yo, con tantos amores, se ha ido como por golpe de revelación mi pensamiento más allá de la vida; y durante un instante he tenido la visión de mundos que juntos hemos recorrido, y el recuerdo de existencias que juntos hemos atravesado. Una vez fuiste la hermana mía, y éramos gemelos. Una vez, en un paisaje blanco fuiste la novia mía, te perdí al pie del altar, y fui viudo

sin ser ser esposo. Una vez fuiste la madre mía, y yo me removí en tus entrañas. Acaso un día al juntarnos fuimos chispa de sol, ó gota de rocío... Y ahora entiendo por qué todos los amores humanos se juntan y vibran en mí, cuando mis labios besan tu frente, ó se beben mis ojos la luz de tus pupilas.

Y disipados los celos de ella por tan adorables incoherencias, sonrió en su orgullo de mujer al oírlo delirar de amor, y mentalmente rió de las visiones de su amado.

CÉSAR ZUMETA

VESPERTINA

Roja puesta de sol.

Bordando el domo del crepúsculo ígneo, se destaca la obscura ramazón de un árbol, como la sombra de una mano abierta y flaca.

Cruza el incendio un pájaro; parece pincelada de sepia fugitiva; ya en lo alto el fulgor se desvanece en un lúgubre azul, donde cautiva y engastada en penumbras, se estremece una pálida estrella pensativa.

Por el gris é intrincado varillaje del bosque, la tiniebla silenciosa va tejiendo el sutil y negro encaje; pero aún quedan prendidos al follaje ampos de luz cansada y perezosa entre los oros muertos del paisaje.

Estoy solo y medito;
y mientras sueño, y sobre mi cabeza comienza á constelarse el infinito, abro mi corazón á la tristeza:
una tristeza santa que me viene ¡oh mi Madre, de ti, Naturaleza!
De tí que me haces soñador y artista, y dejas que mi espíritu se llene con un vago delirio panteísta!...
Santa y dulce tristeza que me vino sin que yo la llamase!....

Cuelga en tanto su lámpara la luna, en el divino silencio de la noche. Y me imagino que es una celestial gota de llanto.

Luis G. URBINA

LAS MUJERES DE GOETHE

[INTRODUCCIÓN.]

Entre las grandes aptitudes de su múltiple gemo, Goethe poseyó en alto grado la de pintor amirable de tipos

femeninos. Magia parece en su pluma el dón de esbozar con ligeros trazos, vivientes é ingénuos, figuras que se imprimen con indeleble marca en la memoria y quedan grabadas como un sello en el corazón, según la frase del *Cantar de los Cantares*. Margarita, Clara, Carlota, Filina, Mariana, Otilia, y tantas otras, fuerzan á ser adoradas é inspiran una suerte de amor á sus lectores; hasta en el recuerdo que dejan se esconde cierta voluptuosidad.

No cabe atribuir semejante hechizo á la perfección ideal. Cierito que Goethe, crea á voluntad mujeres de naturaleza sublime, testigos Ifigenia, Leonor, Elena, que igualan á los más altos tipos del mundo poético; pero la mayor parte de sus heroínas son simples muchachas de la clase media, de vulgar inteligencia y corazón frágil, que apenas saben sino amar, llorar ó sonreirse. Y sin embargo, su gracia es incomparable, y han de sobrevivir á millares de tipos de concepción más noble é inspiración más elevada.

¿A qué se debe, pues, el singular atractivo de estas simples y suaves criaturas? Sin duda que á la propia sencillez, á la extremada y conmovedora debilidad de su carácter, á su inimitable naturalidad, á que son, en una palabra, de carne y hueso y ni la misma seducción empaña su infantil candor.

En la segunda parte del Fausto, el *Coro místico* habla de lo *Eterno femenino* como de la simpatía suprema, del inefable encanto que sostiene el mundo; todas las heroínas de Goethe se hallan impregnadas de este fluido misterioso. Otras habrá sin duda más altivas ó más castas, más virtuosas, ó de mayor talento, pero ninguna posee como ellas esta adorable *feminidad*.

Los estudios que van aquí, junto á los dibujos de Kaulbach, más que comentarios, son ligeros esbozos de pluma. Su conjunto forma una especie de gineceo de la obra de Goethe. Hemos intentado penetrar en el alma de estas graciosas figuras y poner de resalto su belleza, aislándolas del fondo de los poemas ó memorias del autor, como se arrancan las flores de un ramillete para tejer una corona.

PAUL DE SAINT VICTOR